

¿Dónde estás corazón?

Beatriz Espejo

El convento de Corpus Christi, que estuvo ubicado frente a la actual Alameda Central, en la Ciudad de México, es el escenario de una novela ambientada en el siglo XVIII a la que ha venido dedicando su creatividad la escritora Beatriz Espejo. En este fragmento conocemos la historia de sor Micaela de San José, monja cuidadora de enfermos que esconde un doloroso episodio de infancia.

Cualquiera diría que Micaela de San José estaba enajenada. Sus rarezas la seguían a la manera de un largo manto que arrastraba por todos lados. A veces al entrar a un recinto veía hombres sentados haciéndole señas como invitándola hacia el precipicio de la locura. Sor Micaela decía una jaculatoria mientras aquellos visajes y ademanes se atenuaban hasta desaparecer en la nada junto con las siluetas borrosas de quienes los hacían; pero estaba acostumbrada a esas frecuentes apariciones y desapariciones soportándolas con la misma paciente indiferencia que mostraba como enfermera. Encargada de cuidar la ropa blanca y la limpieza que combatía pestes, vigilaba además camas, esterillas, camisas y medicamentos. Debía atender a las aquejadas de males previstos e imprevistos para que guardasen compostura cuando con un rumor de cerrojos que abrían y cerraban la puerta entraban médicos, oficiales y sacerdotes. Incluso sor Micaela se encargaba de juntar a la comunidad para rezar el Credo por quienes esperaban la muerte con un frío que les avanzaba lentamente desde los pies. Ella rezaba también, pero las frases le salían sin sentir las. Cumplía sus encomiendas y nadie la acusó por desobligada o incapaz y se aceptaban sus peculiaridades como esa cola

extraña por la que merecía el sobrenombre de La Encantada. Perdía mucho sus cosas acostumbrada a perderlo todo y entonces consultaba a sor Sebastiana de las Vírgenes abrasada siempre en sus religiosos incendios para que le dijera dónde se encontraban el lazo de su hábito o el candado del cuarto en que había montado un pequeño laboratorio. A nadie extrañaba si la veía usar los zuecos al revés. Los zuecos que la subían de estatura y sonaban contra las baldosas. Se tomaba como una penitencia impuesta; en realidad era distracción que corregía al darse cuenta.

Andaba siempre entre dormida y despierta. Pensaba algo en lo que nadie más participaba porque, eso sí, guardaba sus pensamientos contra el impertinente que quisiera descubrirlos. Realizaba prodigios. En el osario de su anterior convento aseguró que habían confundidos entre sí huesos de gentiles y de católicos. Apenas dijo eso, los huesos volaron por los aires. Parecían una parvada de pajarracos viejos buscando refugio antes de sosegarse nuevamente. Anduvieron revoloteando a riesgo de descalabrar a cualquiera de los presentes en su macabro espectáculo, subían y bajaban, llegaban a las esquinas sin ponerse de acuerdo y, después, agotados, des-

cendieron en dos bandos y uno a uno haciendo ruidos de crótalos quedaron divididos en dos montones ante la mirada atónita de los presentes. Los huesos no explicaron a quiénes pertenecieron y tuvieron que dejarlos en el lugar escogido. Nadie se atrevió a tocarlos y sor Micaela no quiso decir cuáles eran unos y cuáles otros ni hizo ningún comentario más al respecto, aunque le preguntaran con insistencia cómo había sido aquello y en qué se basó para descubrirlo. Mantuvo un imperturbable silencio y regresó a las regiones perdidas por donde deambulaba entre sueños.

Al enviudar su madre, doña María Dosal acordó con un pintor reputado para que ella, llamada hasta entonces Clara Sánchez de Dovalina, de escasos siete años, fuera retratada como duquesa. Le rizaron los cabellos negros, le pusieron un vestido ceñido al tallecito, de falda amplia y gruesa, pasamanería dorada en cuello, mangas y alrededor del ruedo. Joyas magníficas complementaban su atuendo. Le pidieron que cogiera con la mano derecha la parte superior de un sillón y con la izquierda sostuviera su abanico. Se veía una mujercita en miniatura plasmada en el cuadro con sus graciosos ojos oscuros y vivaces, sus cejas delineadas que empezaban a juntarse y su pequeña boca que todavía no expresaba deseos ni opiniones sobre sí misma. Luego, María Dosal se comprometió a pagar cien pesos para las propinas del ingreso y cien cada año para los alimentos de la niña recluida con las clarisas urbanistas. La criatura que no entendía esas disposiciones ni lo que había hecho para merecer alejarse de su casa donde hallaba los cuidados que su tierna edad requería, conoció el desamparo y la

ofuscación. Fue un canario al que le despuntaron las alas apenas crecidas, un gorrión arrojado del nido, un conejillo capturado. Como a otras niñas nunca le pidieron opiniones para trazar un destino que su edad no hubiera previsto.

En Santa Clara recibían a las hijas de sus benefactores que bien hubieran podido dotarlas para el matrimonio. Sólo se exigía el sosteniendo de su manutención y derecho de piso y que llegaran sin servidoras. Se abstendrían de usar prendas suntuosas, modas profanas, adornos, petos, gargantones, faldellines encarnados y otros atuendos inmodestos que les recordaran las vanidades del siglo. No se les permitía salir sino en contadas ocasiones para curarse alguna enfermedad grave o por tiempo limitado.

Clara Sánchez de Dovalina dejó los brazos de sus cuidadoras con la mirada azorada de un escuincle arrojado a patadas. Sin llorar ni pedirle a su madre que cambiara de opinión. Conmovió a cuantos la vieron acatar lo dispuesto con una entereza desacostumbrada en sus desplantas y berrinches de consentida. Evitó las despedidas y no quiso siquiera acercarse por última vez al cuarto donde su madre se había encerrado. Mantuvo un comportamiento propio de personas adultas y una carita pálida que no descubría sentimientos, sin proferir quejas aceptó lo que desde entonces le mandaran: arrullar al Niño Dios, limpiar los altarcitos de las celdas, habilitarse en distintas tareas, cantar en el coro y comportarse en cada recinto del convento según el horario de rutina. Un año después vinieron a buscarla en calidad de urgente pidiéndole que volviera a su casa donde la necesitaban



Cuadro atribuido a Juan Rodríguez Juárez, ca. 1715

algunos días; pero aunque se lo rogaron y hasta se lo exigieron, mostró una desobediencia inusual. Se negó y no hubo súplicas o amenazas que cambiaran esa actitud. Le permitieron la terquedad. Hasta entonces nunca se había mostrado rebelde y despidió a la emisaria con cajas destempladas.

No creció mucho en estatura, sí en belleza. Desde su entrada al recinto fue aceptada como una muchachita que no atosigaba a nadie con reproches. Se alababa también una pericia notable en el cumplimiento de sus deberes que no demostraban las otras donadas y se le reconocían poderes extraños. En una ocasión falleció la recadera. Fue a buscarla y no obstante que el *rigor mortis* avanzaba, la increpó para levantarse y comprar el maíz necesario en el convento. Al rato la cocina estaba abastecida y la mujer tiesa en el lugar donde yacía.

Para su profesión a los catorce años y once meses, prevista también con la dote pagada de antemano, la vistieron con un lujo inaudito aunque el hábito bordado le arrastraba junto con el escapulario. La corona de rosas arriba de su cabeza estaba rematada por una paloma del Espíritu Santo símbolo de suprema sabiduría. Su mano derecha cogía un ramo de rosas y la izquierda a Santa Bárbara bendita, en adelante su protectora, representada con la palma del martirio, bendita sea tu pureza y eternamente lo sea, por ti celestial princesa. La obra se complementaba según costumbre con un cortinaje púrpura cayendo en pliegues y un paisaje abierto inspirado en los renacentistas italianos destacando la torre de Marfil invocada en las letanías como El Arca de la Alianza. Y, cosa curiosa, a los pies había un perrito que movía la cola para contentarla. Cuando una joven entraba a un convento de estricta clausura se convocaba a un artista. Copiaba las facciones de aquella cara cuya vista estaría prohibida fuera de las rejas. Era una particularidad mexicana. No seguían la costumbre en España ni en Perú.

Clara escuchó un sermón en el que los datos de su vida se redujeron a pocas frases. Se encarecieron sus virtudes y se calló el desconcierto extendido en torno suyo cuando lograba del más allá, sin importar sus escasos años, lo que ninguna otra monja conseguía. Ella juraba obediencia demostrando un desapego de las cosas celestiales y terrenas que nadie hubiera imaginado y en el fondo de sí misma sólo tenía una idea que nunca abandonaba. Pedía para su madre la condenación eterna.

—¡Que mi madre se muera! —repetía—. ¡Que se muera! ¡Que mil diablos la atormenten!

Luego cumplió con todo el ritual aprendido de memoria sin proferir una palabra más de las necesarias y sin fruncir unas cejas que se le juntaban sobre la frente como alas extendidas de mariposa, una de esas mariposas funestas consideradas de mal agüero que se pegan a las paredes después de las fuertes lluvias.

Pronto demostró sus tendencias a cuidar de las demás. Una y otra vez recomendaba no beber agua del pozo sin hervirla antes. Ese pozo profundo que ofrecía los servicios de que era capaz, piscina, abrevadero, cárcel y cementerio. Parecía que a Micaela le fuera fácil soportar las excrecencias del cuerpo y los delirios de la mente. Sacaba inmundicias de las celdas y las llevaba a las letrinas. Según el caso les daba a las enfermas pimienta negra para fortalecer el sistema nervioso y poner en marcha el organismo, encarecía el epazote cuando se necesitaban purgantes. Calmaba nervios con infusiones de manzanilla y valeriana que pretendían también ayudar en los insomnios. Mitigaba el cansancio con mezclas de salvia y vino o haciendo mascar hojas de tabaco y ambas recetas tenían mucha aceptación entre las hermanas, tanto que a veces ellas mismas las sugerían. Recomendaba vapores calientes a las reumáticas, utilizaba la mejorana si sufrían calambres e indicaba atoles de arrayán para combatir la tos o tizanas de buganvillas con miel, limón y licor; aspiraciones de eucalipto que abrían el pecho. Utilizaba flores del naranjo agrio contra la afonía padecida constantemente por las cantoras, aplicaba compresas calientes para el dolor de oídos, afirmaba que las hojas de geranio mitigan los síntomas premenstruales. Conocía las propiedades del floripondio que en grandes cantidades narcotiza y de las tibutinas que formaban una especie de muralla al fondo del jardín. Las cuidaba esmerándose especialmente, hechizada por esas plantas que crecían como si nada las detuviera y en días ventilados de noviembre se cubrían de botones dispuestos a florecer de la noche a la mañana, las tibutinas que había visto en su casa y que bajo sus pétalos aterciopelados color violeta oscuro esconden el secreto de un veneno poderoso si se beben hervidos. Y protegida entre otros tallos sembró una mandrágora a la cual inspeccionaba diariamente. Se quedaba largo rato observando sus muchas hojas pecioladas y muy grandes, ovaladas y rugosas. Tenían un color verde oscuro, daban flores fétidas en forma de campanillas blanquecinas o rojizas y su fruto servía como narcótico. Existía la conseja de que en la cruz, en lugar de vinagre, le habían acercado a Cristo una esponja con mandrágora para mitigar su tortura. Micaela lo creía firmemente y hasta rogaba porque alguien hubiera mostrado esa compasión.

No tenía igual aplicando cataplasmas o al enrollar vendas. Ungía las espaldas con agua de rosas para combatir el exceso de sequedad y la inflamación de la boca. Había leído, y los trataba con respeto, documentos de transmutaciones y alquimia. Ninguna herida que lavaba, ninguna pústula le repugnaba. Inventó unas telillas amarradas a la cintura durante los sangrados mensuales; pero permanecía junto al lecho de las enfermas con una actitud indiferente en la que se había graduado desde que subió al carruaje que la condujo hasta el conven-

to y cuyo estribo reconstruía en su memoria con sordo rencor. Jamás acariciaba la frente de ninguna moribunda ni procuraba entenderla si apenas podía expresarse. Se limitaba a cuidarla empeñada en que no se agravara y sólo llamaba al médico barbero cuando sus pócimas y remedios no lograban mejoría sabiendo que casi invariablemente iban a recomendarse purgantes inhumanos, paños mojados sobre la frente, ungüentos infructuosos, vomitivos o sangrías aplicando sobre las indefensas negruzcas sanguijuelas que antes maromeaban en pintados tarros guanajuatenses. Y los cirujanos se iban pronto, no fueran a contagiarse. Su ciencia era muy poca y casi siempre perdían a los enfermos. Ello no obstante, Micaela se quedaba cerca de las infectadas y aquellas irrevocables atenciones con las desvalidas equivalían a lo que su confesor llamaba estado de oración.

En general recomendaba cosas simples; pero también tenía un pequeño laboratorio con matraces, retortas, alambiques, destilaciones y hornillas. Empleaba el arsénico y el ácido cítrico en pequeñas cantidades. Y sabía que una pizca de ácido prúsico bastaba para morir. No resultaba raro que sor Estefanía buscara su amistad. Pero ella, cuando la enferma no lograba salvarse, sufría una pena honrada y de permitírsele acompañaba mansamente a la moribunda hasta el término de su viaje.

Las dos estaban seguras de que los aromas de cítricos y especias benefician la salud. Así exprimían cáscaras y machacaban en morteros pétalos y semillas que hervían y dejaban enfriar o simplemente maceraban. A menudo se las encontraba en el huerto, acompañadas por Edelmira, agachadas sobre los arbustos o de puntas empeñadas en alcanzar las ramas de un árbol buscando lo que necesitaban antes de ponerlo a fuego lento en baño María. Llevaban hasta los altares largos lirios apenas entreabiertos y se fijaban cómo surgían y despegaban sus flores con la lentitud del calor y se complacían en lo que admiraban como un milagro más de la naturaleza. Perfumaban las capillas con agua de rosas. Arrancaban hojas maltratadas por el granizo o atacadas por las plagas. Hacían verdaderos paseos de herboristas con lupas. Servían para reconocer las raicillas recogidas. Estaban atentas al calendario lunar que regía la vida conventual y para ellas les indicaba también el momento en que debían podarse las plantas con el fin de obtener resultados vigorosos. Nadie cultivaba mejor los arriates ni aspiraba con mayor complacencia la fragancia de los azahares. Nadie admiraba tanto a una enorme buganvilia desparrramando por la barda su cascada episcopal que imponía gloriosa desfachatez a esa parte del edificio.

Desde el amanecer, en la huerta, Estefanía y Micaela se entregaban a la humilde labor de cultivar hortalizas. Descalzas, las mangas recogidas, levantaban del suelo las frutas ya maduras entre las hojas y las juntaban en cestos. Llenaban cubos con agua y allí lavaban las grandes

hojas brillantes, enceradas, y las limpiaban cuidadosas. Cuando producían un acompasado y tranquilo rumor alisando con el rastrillo el cascajo del jardín como atravesadas por un rayo de luz, atrapadas en su labor, metidas en sus afanes, sor Petra se dejaba acometer por un sentimiento materno y lo demostraba; pero mientras Estefanía aceptaba la deferencia en la mejor forma posible y con la calidez de un par de hoyuelos que la mejoraban notablemente al sonreír, sor Micaela cavaba un foso infranqueable y se mantenía distante. Prefería hablar de las bondades ocultas en el huerto y de un heliotropo que despedía aromas untuosos, ligeramente pútridos, como las esencias exhaladas de las reliquias de algunas santas. Comentaba que los claveles imponían su olor picante al protocolario de las rosas y al oleoso de las magnolias, que las hortensias no olían a pesar de las muchas florecillas que las convertían casi en colmenas, que el perfume de la menta se mezclaba al de los alhelíes y nadie la paraba estableciendo esas comparaciones. La abadesa la escuchaba advirtiéndole su argucia. Aquella verborrea bloqueaba una intimidad que no estaba dispuesta a compartir.

Jamás lo dijo pero el enigma de ese cutis suyo terso se debía al uso cotidiano de mieles de abeja y acacias mezcladas con aceite de almendras dulces. Le gustaba el agua de rosas destilada por sus inquietas manos y vertida en botellas de vidrio que escondía en los lugares más frescos y oscuros de su celda, a la que acudía el sigilo de sor Marcela pidiéndole una dotación perfumada.

Al principio muchas se preguntaron de dónde había sacado sor Micaela esas recetas puesto que no era india sino una niña a quien enclaustraron todavía chimuela, cuando cambiaba dentadura. Algunas decían que su relación con Estefanía había enriquecido sus conocimientos. Sin embargo, en el anterior claustro le encargaron también la enfermería y ella desempeñó ese oficio y dio tan buenos resultados que le costó trabajo al marqués de Valero sacarla de allí. No la dejaban abandonarlo. En Corpus todas creían que sus recetas le habían llegado como una ciencia infusa. Nadie supo, nadie conocía a fondo su historia. Su primera cuidadora durante sus siete años seglares fue una curandera llamada Atanasia. Había sido comadrona de su mamá y la ayudó antes y después del parto; primero para apretar el estómago y acomodar el feto; luego para encomendarla a San Ramón, patrono de las parturientas, y enterrar el ombligo de la recién nacida y proporcionarle amuletos y aliviar a la bebé de una disentería. Acabaron siendo amigas, confidentes de sus venturas y desgracias. En Santa Clara seguía visitándola y transmitiéndole secretos. Sólo una vez quiso darle noticias de su antigua casa. Ella la detuvo evitando el sentimiento casi platónico de la reminiscencia y el sentido casi insostenible de una necesidad. Su actitud dejó helada a la indígena que en las arrugas de su rostro guardaba muchas experiencias y amarguras.

Sor Marcela casi nunca se aplicaba en reconstruir su niñez bruscamente interrumpida cuando se entretenía con aquellos juegos cuya profundidad y encanto después no se comprende y para los que sólo se necesitan cosas insignificantes y sin importancia. Sin embargo, el tiempo regresaba a su recuerdo con la forma de un hermoso vestido y el retrato para el que la arregló un peluquero que también se ocupaba de sus padres convertidos ahora en sombras desteñidas aunque ella tratara de recordarlos tal como fueron, bajo el alero de la cocina o en medio de su celda durante la hora nona del descanso después de haber asistido a los rezos de la tercia y la sexta. Aún reconocía que se amaron mucho y que la consideraban a ella el premio de su unión. Ambos eran galanes. Cuidaban de serlo poniendo en su presencia delicados esmeros. Su madre pasaba horas combinando hopalandas y corpiños desechados sobre la cama, sacaba parasoles y plumas de los bargueños hasta que aprobaba algunos y quedaba satisfecha. Salía al encuentro de su marido manifestando la alegría que trae consigo un premio. Entonces se abrazaban como si el azar les hubiera permitido conocerse en ese instante y en el abrazo hallaran lo único necesario para vivir. Fomentaban la alegría, organizaban reuniones.

Uno tras otro los carruajes llegaban al patio causando el ruido natural de las ruedas contra el empedrado. Clara los veía llegar y los contaba con los dedos porque aprendió a reconocer los números y las letras del alfabeto precozmente. Luego pasaba corriendo cerca de los aposentos para arrojarse con los rumores que llegaban desde adentro o comprobar la animación reinante o las exclamaciones aprobatorias cuando abrían el comedor y la mesa estaba dispuesta. Como todos los solitarios, adornaba la amistad con un fulgor inusual. Se figuraba que las gentes riendo y besándose al encontrarse, comiendo entre bromas, experimentaban la gran satisfacción de una convivencia alegre.

A veces contemplaba las veladas desde los pisos altos y presenciaba las despedidas hasta que por fin se dormía junto al barandal y los encargados de cuidarla la tomaban en brazos y la arropaban bajo sus cobijas; sin embargo algo ocurrió. No alcanzaba entonces a explicárselo. Levantaron un tumulto en la sala y se dijo que fue un duelo. Ardían los cirios de los candelabros y la casa se llenó de gente. Llegaron incluso parientes lejanos enlutados. Finalmente se iniciaron los preámbulos y sobrevino el momento del entierro. Cerraron herméticamente el ataúd y lo cubrieron de orquídeas. A la casa seguían llegando personas cariacontecidas que veían, paradas juntas y recibiendo el pésame, a su madre llorosa y a ella encogida. Entró el confesor de la familia y majestuosamente erguido se puso al frente encabezando el fúnebre cortejo. Un fornido sirviente, intermediario entre criados y maestro de ceremonias, tomó la organi-



Cuadro atribuido a Juan Rodríguez Juárez, *Mujer con rebozo*, ca. 1720

zación exterior de la solemnidad. Se levantó el féretro llevado en hombros por cuatro mozos ataviados por capas negras y coronados por tricornios. La caja se tambaleó un poco antes de salir a la calle donde el viento esparció sobre la cabeza de los curiosos el olor de las coronas e hizo ondear los negros penachos del coche mortuario. Luego sucedió el desfile funerario acompañado por niños pobres disfrazados como si fueran ricos, contratados del orfanato. Empezaron a moverse los caballos blancos tirando el carruaje. Aparecieron un moño negro arriba del portón, los semblantes congelados, los comentarios subrepticios.

Su madre empezó a gritar. Se quedó ronca de hacerlo. Clamaba sin consuelos terrestres como si la catarata de sus lágrimas pudiera devolverle al marido muerto. No hubo sacerdote, compadre o pariente que la calmara. Los derrotaba la desesperación de aquella mujer que se culpaba por su viudez, maldecía su belleza y llamaba a su querido esposo como si todavía pudiera oírlo. Por las noches recorría la casa con una vela en alto aullando como posesa y se encerraba en la sala hasta que sus gritos se convertían en ronquidos. Al amanecer las fuerzas le faltaban y se desmoronaba sobre el piso. La niña solía escucharla tras la puerta entreabierta. Alguna vez se atre-

vió, quiso levantarla prometiéndole que ella la cuidaría. Su madre la rechazó sin escucharla con un empujón que se sintió como bofetada. En ese momento el dolor y la valeriana donde vertía láudano le habían transformado las facciones. Su celebrada hermosura se esfumaba bajo profundas ojeras y una maraña de cabellos enredados. Se le crispaban las venas del cuello y parecía que en unos días hubieran transcurrido eternidades. Sin embargo, Clara permaneció toda la noche cerca, cuidándole la respiración trastornada, incapaz de prestarle ayuda.

Luego vinieron los arreglos conventuales. A la mañana siguiente de terminado el retrato, la aurora teñía el cielo de rayones azules y amarillos y curiosamente surgía sobre una hilera de nubes semejantes a una armada de carabelas con el velamen extendido; pero la niña nada notó. Nunca volteó hacia su casa, hacia la cesta que alguien le había regalado con una camada de gatitos dándose calor unos a otros. Ni siquiera distinguió a un perrito tuerto que le meneaba la cola alegremente y luego olfateó el piso antes de orinarse y adoptar esa actitud contrita que ponen los perros cuando alivian sus necesidades. Ya no le acarició el lomo diciéndole los apodos que siempre le ponía. Miró indiferente al animal que debió de extrañarse porque le retribuyó la indiferencia ladeando la cabeza a manera de pregunta y empezó a ladrarle entre asustado e intranquilo. Ella no dijo palabra. Sin reconocer a su antiguo compañero de juegos, cuando subió al coche que la esperaba, entró en un estado de sonambulismo. Jamás se enteró de que, mientras estaba junto a su madre, la noche anterior una tormenta había causado inundaciones y terribles estragos. Cerraron los

templos, se arruinó el comercio, se desplomaron algunas viviendas y las epidemias se desataron cobrando víctimas por todas partes. Tuvieron que traer desde el santuario del Tepeyac a la Virgen India, capitana de una nave escoltada por muchas otras. No fue un paseo procesional con la pompa del culto. Fue la rogativa de un pueblo ante la única remediadora en que tenían fe, la fe ciega que inyecta el miedo a lo sobrenatural y que en lo sobrenatural busca remedio.

El cochero hizo lo imposible hasta llegar al espacio transitable comprendido entre el arzobispado y el edificio catedralicio, un espacio prolongado por la calle de las Escalerillas y Santa Catarina. Centenares de gatos y perros sin dueño se refugiaron allí como en una isla; pero la niña apenas se fijó. No escuchó los cuentos ganguosos de su conductor diciéndole que en la temporada de calores algunos cogían rabia y habían atacado a una mujer hasta despedazarla. Tampoco se percató de que la rueda izquierda empezó a rechinar amenazando con salirse o que el hombre se detuvo y bajó para componerla. Como a su madre, los truenos del corazón le impedían darse cuenta de otros desastres. Su cabeza se movía de un lado a otro por el zangoloteo que sorteaba lodo y piedras empeñado en llevarla hacia el convento.

Clara Sánchez de Dovalina, que luego se conocería como sor Micaela de San José, patrono del hogar, llevaba el naufragio en el alma. El valor la había abandonado y en su lugar vino una impasibilidad fatal. Supo que era incapaz de volver a representarse la forma de una mujer retorciéndose de pena, una mujer a la que había admirado más que a ninguna. **U**



Cuadro atribuido a Juan Rodríguez Juárez, ca. 1715